



INVIERNO

RICK BASS

DIBUJOS DE ELIZABETH HUGHES
TRADUCCIÓN DE SILVIA MORENO PARRADO



errata naturae

Para mi madre y mi padre

PRIMERA EDICIÓN: noviembre de 2018

TÍTULO ORIGINAL: *Winter*

© Rick Bass, 1991

© de las ilustraciones, Elizabeth Hughes, 1991

© de la traducción, Silvia Moreno, 2018

© Errata naturae editores, 2018

C/ Alameda, 16, bajo A

28014 Madrid

info@erratanaturae.com

www.erratanaturae.com

ISBN: 978-84-16544-83-7

DEPÓSITO LEGAL: M-28656-2018

CÓDIGO BIC: BM

IMAGEN DE PORTADA: Westend / Getty Images

MAQUETACIÓN: Sara Pintado

IMPRESIÓN: Kadmos

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial,
siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

Kent Jingfors, biólogo sueco especializado en los bueyes almizcleros, estuvo una vez acampado, durante el invierno, en la cuenca del río Sadlerochit, en Alaska, con la intención de averiguar cómo conseguían sobrevivir allí esos animales. Recuerda «días» de un frío y una oscuridad despiadados en los que precisaba de casi toda su voluntad para desempeñar las sencillas tareas que se había impuesto. Los animales se movían con lentitud entre los sauces, recelosos ante su presencia. Él los seguía linterna en mano y estudiaba con atención las plantas que comían. Llegaron a motivarle un asombro reverencial. Cualquiera que haya intentado hacer algo de provecho a cuarenta grados bajo cero, teniendo que vérselas con la oscuridad invernal durante mucho tiempo o con las cuchilladas de la nieve y el viento a esas temperaturas, se maravilla de que una criatura pueda soportar esas condiciones durante varias semanas seguidas, y mucho más de que esté tranquila.

Sueños árticos, Barry Lopez

PRÓLOGO

Yo ya había estado antes en las montañas. Estudié en la Universidad Estatal de Utah, construida en la falda de una montaña, y nunca había sido tan feliz; no por ser joven, estar en la facultad o ser libre, sino feliz por estar allí, sin más, en aquel entorno, por moverme en un paraje tan extraño y maravilloso (me crié en Texas y estuve varios años trabajando, después de la universidad, en Misisipi). Elizabeth, mi novia, y yo acostumbábamos a ir de acampada al oeste. Nos gustaba el olor del bosque por la noche y cuando nos despertábamos por la mañana.

En el horrible y caluroso verano de 1987, empezamos nuestro viaje hacia el sur de Nuevo México, en busca del «retiro de artistas» ideal: un lugar donde Elizabeth pudiera pintar y yo escribir (en estudios separados, por supuesto, porque a los dos nos gusta trabajar por la mañana), un lugar que tuviera cerca una corriente de agua, un paraje

con árboles, un lugar aislado. Queríamos una tierra de naturaleza extrema, con ese primer y último indicador de privacidad: un lugar en el que poder andar desnudos si nos apeteciera, con granero, campos y establos para tener caballos, porque a Elizabeth le encantaba montar. Y si tenía piscina cubierta y, quizás, unas canchas de tenis y un huertecito, pues bueno, también nos valía.

Al ser pobres como ratas, insolentemente pobres, increíblemente pobres (pero sin deberle nada a nadie y con un estado de salud inmejorable), buscábamos un sitio para alquilar en lugar de comprar, aunque se nos había pasado por la cabeza la posibilidad de adquirir un terrecito en algún lugar y construir en él. Hay que hacerse cargo de que sacarle punta a un lápiz era ya para nosotros una auténtica aventura mecánica; lamento decir que somos más artistillas que manitas, pero qué más daba. Tales eran nuestras ganas, nuestro anhelo de marcharnos al oeste, de vivir allí nuestra vida. Nos parecía que ya habíamos dejado pasar demasiado tiempo (los dos teníamos veintinueve años), así que empezamos a buscar. Nos daba igual el estado; sólo queríamos que estuviera en el oeste.

No hubo suerte. Cero en Nuevo México, *nada*¹ en Arizona. Buscamos con ahínco en Colorado, pero estaba todo lleno (lo que se dice lleno) y todo era para comprar, no para alquilar, o ya estaba pillado. Puede que hubiera algún que otro sitio, pero estaba al lado de un lago, no de un arroyo o un río. Los apuntamos.

¹ En español en el original. (Todas las notas son de la traductora).

Peinamos Utah de sur a norte. Encontré dos sitios que me gustaron (uno de ellos, mucho, al norte de Logan), pero a Elizabeth le pareció que estaba demasiado cerca de una carretera polvorienta y, seguramente, tenía razón. La tierra boscosa de Wyoming no estaba en venta. En Idaho encontramos un lugar remoto, pero los dos nos acobardamos. No había árboles, hacía mucho viento y el invierno estaba al caer. La idea de construir una cabaña nos pareció algo un poco más serio allí, en Idaho, con aquel viento, de lo que pensábamos cuando salimos de Misisipi con nuestros dos sabuesos, conduciendo descalzos y con las ventanillas bajadas.

Aquí cabe mencionar que lo que solíamos hacer, al movernos por los pueblos, era: a) merodear por las carreteras secundarias y dejar notas en las paredes de viejos edificios derruidos, para preguntar a los dueños (tal vez, la siguiente vez que fueran a segar la hierba) si podíamos vivir allí; b) comprar el periódico y leer los anuncios de casas de campo en alquiler; y c) visitar inmobiliarias, a las que no les interesaba nada alquilar (sólo el dinero fácil y rápido de la venta) y que, por lo general, nos daban con la puerta en las narices. La tozudez de las inmobiliarias me desanimó tanto que, conforme avanzábamos más al norte sin rumbo fijo (con julio ya consumido por el lento kilometraje de nuestra camioneta y las muchas noches acampados junto a torrentes que, paradójica y maravillosamente, no eran nuestros y jamás podrían serlo), empecé a evitarlas.

Subimos hacia Missoula, en Montana (nada que fuera aún lo bastante remoto), y después más al norte, hacia el

Parque Nacional de los Glaciares y la pequeña estación de esquí de Whitefish, que siempre nos había gustado.

En Whitefish, Elizabeth tuvo un presentimiento, una de esas premoniciones suyas. Entramos en una inmobiliaria de la callecita principal. Era un día lento, una ciudad lenta, y por fin encontramos a un agente inmobiliario, Ross, al que le hicieron gracia nuestros apuros y que empezó a hablarnos de un valle salvaje y mágico, casi en la frontera con Canadá, cerca de Idaho. En realidad, nos dijo, Yaak no era un pueblo (no había electricidad, teléfonos ni calles asfaltadas): sólo un puñado de gente que vivía por allí todo el año, repartida por los bosques y siguiendo el curso del río Yaak. Ross dijo que era difícil llegar, que hacía falta tracción en las cuatro ruedas, de la que disponíamos, y que tenía allí una finca en venta. Fingimos que nos interesaba comprar y que nos sobraba el dinero. También le dimos a entender que, aunque preferíamos alquilar, teníamos la opción de recurrir a un misterioso inversor, amigo nuestro. Es un milagro que Ross no llamara a la policía. Yo estaba seguro de que, a aquellas alturas, el tipo había llegado a la acertada conclusión de que estábamos mintiendo, quizá desde el momento en el que entramos (los perros atados al parquímetro, las ruedas ya lisas en la camioneta desvencijada, o tal vez nos delataron nuestros petos descoloridos por el sol). Ross nos propuso, sin embargo, que fuéramos a ver aquel vallecito extraño y remoto y que, incluso, echáramos un vistazo a la finca de su cliente. Allí vivía una pareja joven con niños que estaba cuidando la casa en ausencia del dueño,

el cliente de Ross, un tal Holger. Vivía en Washington D. C., haciendo algo vago e indefinido para la CIA; había sido corresponsal de guerra y pasado por numerosos tiroteos y encarcelamientos en todos los países hostiles habidos y por haber. Ross nos entretuvo un buen rato con las aventuras de Holger.

Holger había llevado un negocio de guía para cazadores desde la casa que Ross estaba intentando vender en su nombre (Holger se había divorciado). El rancho Fix era enorme y tenía muchas cabañas para huéspedes, una vivienda principal, pajares, establos, un invernadero, un gallinero, garajes, varios anexos y una despensa. Estaba rodeado de ochocientas hectáreas de bosque nacional, tenía agua corriente (en el arroyo y, también, dentro de la casa, que usaba un sistema de distribución por gravedad desde una balsa que había en lo alto de la ladera, en el bosque, alimentada por el riachuelo) y mucho terreno. La vivienda principal tenía tres plantas, cada una de ellas con enormes ventanales que daban a las montañas: Canadá al norte y Idaho justo detrás de la siguiente cresta.

Aquello era el fin del mundo, dijo Ross. Precioso pero de difícilísimo acceso. La única forma de ponerse en contacto con el rancho era por correo o, al no haber teléfono, mediante radio de onda corta; un recurso poco fiable y, además, los días ventosos de primavera era casi imposible que las ondas de radio entraran o salieran del valle. Había un pequeño generador de propano en la despensa que proporcionaba una corriente eléctrica breve y atropellada (para la máquina de escribir eléctrica y un ratito de

tocadiscos por la noche) y algunas baterías estacionarias para caravana, de doce voltios, en un cobertizo, que se recargaban cuando funcionaba el generador; estas baterías, junto con las lámparas de propano, daban luz de noche para poder leer.

Salimos de Whitefish y condujimos toda la tarde, sin ver a nadie durante la última hora y media, con la excepción de todos los alces, ciervos, uapitís y urogallos que se nos cruzaron. Los bordes de la pista de tierra, de un solo carril, estaban tapizados de margaritas blancas.

Avanzamos en dirección noroeste sin ver señales de vida humana, adentrándonos cada vez más en la última mancha verde, la más grande, de nuestro mapa de carreteras, sin ninguna que la surcara, con el corazón roto por ser tan pobres.

Seguimos adelante, subiendo, y al final bajamos de la cima y nos metimos en el estrecho valle azul.

No había más que un almacén y un bar, uno a cada lado de la carretera, y un río que serpenteaba lento por el valle (un alce hembra y su cría junto al río, tras el almacén); aún no habíamos visto a un solo ser humano. Supimos de inmediato que allí era donde queríamos vivir, donde siempre habíamos querido vivir.

Jamás habíamos sentido aquella magia.

La mujer que cuidaba la vivienda nos abrió cuando llegamos (su marido estaba fuera; había ido a Libby, un pueblo situado a unos sesenta y cinco kilómetros, a buscar trabajo) y nos enseñó el rancho, por dentro y por fuera, con



una cortesía extrema y nerviosa. Tenía dos niños entre los pies, además de unos cuantos gatos, y parecía agobiada. Fuimos de habitación en habitación, todas inundadas por el sol, aún con los petos que habíamos llevado puestos para viajar y mascullando algo sobre el respaldo de nuestro inversor en Nueva York, anticipos y ese tipo de cosas, todo para conseguir que nos enseñara las maravillas del lugar. Al volver a pensarlo ahora, me doy cuenta de que a la mujer se la veía un poco desquiciada, encantada de tener compañía, y, con frecuencia, parecía estar dirigiéndose a alguna otra persona, que unas veces estaba, en teoría, justo delante de nosotros y otras, justo detrás. Daba la impresión de no acabar de entender bien la perspectiva del contacto visual y la comunicación oral.

En el bosque de detrás de la casa, vimos varios ciervos refugiados del sol cegador bajo la sombra moteada de luz, lamiendo un bloque de sal que les habían puesto allí. El aire era caliente.